REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 26 DE MARZO DE 1923 | No. 28

El carpintero

(De la «Historia de Cristo» de GIOVANNI PAPINI).

PERO no había llegado, para Jesús, la hora de la evasión definitiva. La voz de Juan no se había oído, y él volvió a tomar, con el padre y la madre, el camino de Nazaret, y volvió al taller de José para ayudarlo en su trabajo.

Jesús no estuvo en las escuelas de los Escribas ni en las de los griegos. Pero no faltaban maestros: conoció los tres más grandes Doctores: el Trabajo, la Naturaleza y el Libro.

No se olvide que Jesús fué un Obrero e hijo adoptivo de un Obrero: no se debe ocultar que nació Pobre, entre gente que trabajaba con sus propias Manos, que ganaba su pan con el trabajo de las Manos, y que él se ganó el Pan cotidiano, antes de transmitir la Anunciación, con el trabajo de sus Manos: aquellas Manos que bendijeron a los humildes, que sanaron a los leprosos, que iluminaron a los ciegos, que resucitaron a los muertos. Aquellas Manos que fueron agujereadas por los clavos sobre la madera, eran Manos que bañó el sudor del trabajo. Manos que sintieron el entorpecimiento del trabajo, Manos encallecidas en el trabajo, Manos que habían manejado las herramientas del trabajo, que habían clavado clavos en la madera: Manos de oficio.

Jesús fué un Obrero de la Materia antes de ser un Obrero del Espíritu; fué Pobre antes de llamar los Pobres a su mesa, a la fiesta de su Reino. No nació entre gente adinerada, en casa lujosa, en lecho cubierto de lana y de púrpura. Descendiente de Rey, vivía en la casa de un Carpintero; hijo de Dios, nació en un Establo. No pertenecía a la casta de los Grandes, a la aristocracia de los Guerreros, a la sociedad de los Ricos, al consejo supremo de los Sacerdotes. Nació en la ínfima clase del Pueblo, aquella que no tiene, bajo de sí, más que los Vagabundos, los Mendigos, los Prófugos, los Esclavos, los Criminales, las Prostitutas. Cuando ya no sea Obrero manual, sino espiritual, descenderá aún más bajo a los ojos de las Personas Respetables y buscará sus amigos entre la malvada chusma, aun inferior a la Plebe. Esperando el día en que bajará al Infierno de los Muertos, Jesús bajará al Infierno de los Vivos y figurará, en la jerarquía de las castas que dividen eternamente a los hombres, como un pobre Trabajador y nada más.

El oficio de Jesús fué uno de los cuatro más antiguos y más sagrados. Los del Campesino, del Albañil, del Herrero y del Carpintero son, entre las artes manuales, las más afines con la vida del hombre, las más inocentes y religiosas.

El Guerrero degenera en Saqueador, el Marinero en Pirata, el Comerciante en Aventurero; pero el Campesino, el Albañil, el Herrero y el Carpintero no traicionan, no pueden traicionar, no se corrompen. Manejan las materias más familiares y deben transformarlas, a los ojos de todos, para el servicio de todos, en obras visibles, sólidas, concretas, verdaderas. El Campesino rompe la tierra, y saca el Pan que comen el Santo en su gruta y el Homicida en su cárcel. El Albañil talla la piedra y construye la Casa, la Casa del Pobre, la Casa del Rey, la Casa de Dios; el Herrero pone al fuego el Fierro y le da forma, para dar la Espada al Soldado, el Arado al Campesino, el Martillo al Carpintero; el Carpintero corta y clava la Madera para construir la Puerta que protege la casa de los Ladrones, para fabricar la Cama sobre la cual los Ladrones y los Inocentes morirán.

Estas simples cosas, estas cosas ordinarias, comunes, usuales, tan usuales, comunes y ordinarias que no las miramos jamás, que pasan desapercibidas bajo nuestros ojos acostumbrados a más complicadas maravillas, son las más sencillas creaciones del hombre; pero más milagrosas y necesarias que todas las otras inventadas después.

El Carpintero Jesús vivió, en su juventud, en medio de estas cosas y las fabricó con sus manos, y entró por primera vez, por medio de estas cosas, hechas por él, en comunión con la vida cotidiana de los hombres, con la vida más íntima y sagrada: la del hogar. Fabricó la Mesa, a la cual es tan dulce sentarse en la noche con los amigos aunque haya, entre ellos, un traidor; la Cama donde el hombre respira la primera y última veces; la Caja donde la mujer de la campiña encierra sus pobres andrajos, los delantales y los pañuelos de las fiestas, y las blancas y aplanchadas camisas de su hombre; la Artesa donde se amasa la harina que la levadura esponja, a fin de que esté pronta para el horno; la Silla donde los viejos, en la noche, se sientan al fuego a hablar de la juventud que no puede volver.

A menudo Jesús, mientras las virutas claras y ligeras se enroscaban bajo el filo del cepillo, y el aserrín caía en tierra al áspero ritmo de la lima, debió pensar en las promesas del Padre, en los pronósticos de los Profetas, en un Trabajo que no era de sierras y de reglas, sino de espíritu y verdad.

El oficio le enseñó que vivir significa transformar las cosas muertas e inútiles en cosas útiles y vivas; que la materia más vil, golpeada y transformada, puede volverse preciosa, amiga servicial para los hombres; que para salvar, en suma, es necesario cambiar; y que así como se saca de un torcido tronco de olivo, costrudo y terroso, el lecho del niño y de la esposa, se puede hacer, del vil adinerado y de la pobre ramera, dos ciudadanos del Reino de los Cielos.

(Trad. de *El Maestro*, México, D. F.)

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Jesús en Buenos Aires

La llegada de Jesús de Galilea a Buenos Aires, pasó inadvertida para la mayor parte de los habitantes de la ciudad. Cierto es que el Buen Rabí, por razones de índole particular, viajaba de incógnito, y que los grandes diarios, en la sección que dedican a la *Vida social*, no publicaron la noticia. Esta omisión no causará la menor extrañeza si se tiene en cuenta que no se trataba de ningún acaudalado comerciante de esta plaza, de ningún subastador enriquecido, de ningún expedicionario al desierto o descendiente de expedicionario. Y conste que no ignoro que Jesús estuvo en el desierto cuarenta días. Pero ¿qué son cuarenta días, qué significan cuarenta días al lado de los meses, de los años que han pasado en él casi todos nuestros numerosos generales?... En resumidas cuentas: se trataba de un viajero insignificante, de un pobre hombre soñador y mal vestido; de un señor, en fin, con mucho talento, pero con muy poco equipaje. Y no son estas, no, las condiciones que se requieren para figurar dignamente en la *Vida social;* muy por el contrario.

Según parece, una vez que Jesús llegó a la ciudad, se presentó en un hotel aristocrático,—es decir, en un hotel caro,—con el propósito de alojarse en él; pero no bien posó su planta en la mullida alfombra del vestíbulo, un lacayo le salió al paso. Era el tal un jayán, era un hombrón alto y robusto, que se distinguía, como es de rigor en su oficio, por lo bueno de su ropa y lo malo de su educación. Cubría su cabeza una imponente gorra de plato en la que resaltaban unas cabalísticas letras en oro, y vestía un traje obscuro ornado con gran profusión de botones y de pasamanería, todo ello no menos áureo. La sola vista del hombre aquel intimidó a Jesús, que lo supuso militar. Acobardado, no se atrevió a dirigirle la palabra. El hombre de la gorra de plato, en cambio, así que vió la pobre indumentaria de Jesús, se sintió elocuente. Irritado, increpó al viajero, empleando expresiones que a Jesús le eran desconocidas:

—¡Largo de aquí!—decía—¡Largo de aquí, haragán, atorrante! ¿No sabe que está prohibido pedir limosna?... ¡Vaya y trabaje! ¡Afuera, afuera inmediatamente, si no quiere que lo haga sacar *con* el vigilante!...

Jesús no se alteró, no contestó con palabras de violencia; porque su natural fué siempre de mansedumbre. Se limitó a decir que no iba a pedir limosna, sino que deseaba hospedarse allí por unos días; que no le faltaría con qué pagar, pues conservaba algunos denarios. En efecto: contra su costumbre, traía entonces consigo unas cuantas monedas de plata, con objeto de darlas a los pobres que encontrase en el camino.

Cuando Jesús terminó de hablar, ocurrió algo bochornoso. Dos, cuatro, seis nuevos fámulos, que se habían ido uniendo al primero en tanto hablaba Jesús, estallaron en una brutal, interminable, indescriptible carcajada. Hipaban y reían como descosidos. Dejaban oir a veces palabras ahogadas, frases incompletas, como *es un loco, atorrante, ¡qué rico tipo!*, y otras expresiones de la misma clase. El buen Jesús fué sacado de allí a empellones, y cuando estaba ya lejos, aun oía el coro de burlas y denuestos que dejaba a su espalda. Sobre todo, escuchaba tras sí, repetida obstinadamente, aquella palabra para él incomprensible y extraña:

—¡Atorrante! ¡Atorrante!...

Cuando se vió a bastante distancia de los criados, sacudió sus alpargatas; pues fué él quien dijo: *Y cualesquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa y sacudid el polvo de vuestros pies.*

No sabiendo Jesús a dónde dirigirse, echó a andar como a la ventura hacia los barrios del Sud. Se diría que ejerciesen atracción sobre él los lugares en que viven las gentes pobres. Andando, andando, llegó a Riachuelo, y se detuvo a mirar las faenas de los marineros y de los estibadores. Luego dirigióse a un restaurant sobre cuya puerta se leía este rótulo: «*The Friendship*»—*Open day and nigth*. En el cristal de la vidriera había unas inscripciones extrañas, tan caprichosas y complicadas como el rastro de un caracol sobre un sendero. El dueño, un judío, accedió a dar pensión a Jesús una vez que éste le hubo entregado algunas monedas de plata, que el buen hombre supuso turcas. Se lamentó de que aquello le obligase a ir a la casa de cambio, expresando de paso su opinión de que los cambistas son todos unos ladrones. También se quejó de *lo malos que están los tiempos*, cosa que tenía costumbre de decir a todos los nuevos huéspedes. Jesús le dirigió algunas frases bondadosas, aconsejándole conformidad y paciencia, y luego salió a recorrer de nuevo la ciudad.

Llegó el Nazareno en su caminata a la Plaza de Mayo, y se sentó a descansar en un banco, al lado de un hombre astroso y con cara de hambre que leía con gran atención la página de avisos de un periódico. Después de unos instantes de lectura, el hombre con muestras de mal humor, plegó el diario y lo dejó junto a sí, en tanto que decía irritado:

—¡Nada! No hay trabajo... Un día más a pan y agua, si hay quien los dé... ¡Maldita sea...!—y profirió una fea blasfemia.

Entonces Jesús lo reprendió dulcemente, diciéndole suaves palabras de bien. El hombre se sonreía con aire burlón, y exclamó:

—Sí, sí. Todo eso que usted dice, lo dijo Jesús hace veinte siglos, y ya ve cómo estoy yo; ya ve cómo está el mundo.

Sin darse a conocer, y como se hubiesen acercado varios desocupados que se encontraban en los bancos próximos, el Galileo siguió hablando. Y decía:

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre; porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis.

¡Ay de vosotros, ricos! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.

De cierto, de cierto os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Más os digo: que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.

También os digo que el obrero es merecedor de su alimento.

No penséis que he venido a la tierra para meter paz. No he venido para meter paz, sino espada.

A todo esto, se había reunido en torno de Jesús un coro de gente. Desocupados, empleados que salían de sus oficinas, rodeábanlo y escuchaban con gusto sus palabras. Había también un sacerdote y un banquero. Y Jesús siguió hablando:

Guardaos de los que gustan andar con ropas largas, aman las salutaciones en las plazas, y las primeras sillas en los templos, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, poniendo por pretexto la larga oración. Estos recibirán mayor castigo.

Al oir estas palabras, se estremeció el sacerdote, y se alejó de allí, santiguándose. Y Jesús, echando una mirada en su torno, prosiguió:

¿Veis todo esto? De cierto os digo que no será dejada aquí piedra sobre piedra que no sea destruída.

El banquero se horrorizó; se puso pálido de estupor y de ira. Porque le pareció que Jesús señalaba los grandes edificios donde se guarda el dinero. Inmediatamente corrió a llamar a un gendarme.

—Vea, agente,—le dijo—detenga en seguida, bajo mi responsablidad, a ese atorrante charlatán. Está propalando ideas subversivas.

El gendarme se dispuso a hacer lo que se le indicaba, pero tropezó con la resistencia de algunos del corro. Entonces un grupo de jóvenes bien vestidos que paseaban por una calle cercana, vino en ayuda del agente del orden. Se produjo un tumulto. Algunos preguntaban:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—¡Un maximalista, un subversivo!—contestaba alguien.—Y muchos corrieron a ocultarse en los portales, por miedo a las bombas.

Se oían voces de *¡Muera el ruso, muera el judío!*

Los jóvenes se adueñaron de Jesús, lo arrastraron, desgarraron sus ropas, quemaron sus barbas. Al primer agente se habían unido ya otros varios, y entre todos lo rodearon, a fin de llevarlo a la Jefatura de Policía. En este momento, pasaba cerca del lugar de los hechos la señora presidente de la Congregación de Adoradoras del Corazón de Jesús. A vista del tumulto,—por consecuencia del cual se paralizó el tráfico,—preguntó al *chauffeur* de qué se trataba, y cuando estuvo informada, y vió que los

agentes llevaban preso al *anarquista*, dijo la respetable señora:

—¡Bien hecho!... Hay que exterminar de una vez a esos infames que pretenden destruir la obra de nuestra santa religión. Y se persignó.

En la Jefatura, obligaron a Jesús a declarar.

—De manera que ¿eres maximalista?—le preguntó el comisario.

Y como Jesús callase, agregó:

—Ya veo que te has quedado mudo, pero aquí tenemos un gran remedio para eso. Te daremos *corteza de buey, y en seguida hablarás...*

Entonces dijo Jesús:

Bien claramente hablé a la faz del mundo. He enseñado en los lugares en que se reune el pueblo; nada dije en oculto.

¿Qué me preguntas a mí?... Pregunta a los que me han oído qué es lo que les hablé. Esos saben lo que yo he dicho.

En esto, un agente cogió a Jesús por un brazo, y sacudiéndolo, le dijo:

—*¿Así le hablas al señor comisario?*—y le dió una bofetada.

Respondió entonces Jesús:

Si he hablado mal, da testimonio del mal. Y si he hablado bien, ¿por qué me hieres?

—Oficial de guardia,—dijo el comisario en este momento—transcriba las palabras de este sujeto. Es preciso que formen parte del sumario que se enviará al juez. Se trata de un perturbador del orden social.

* *

Pocos días más tarde, Jesús fué metido en un buque lleno de aparatos de muerte que lo horrorizaron. Después de unas cuantas horas de viaje, lo desembarcaron en una isla y lo encerraron en un edificio sórdido donde se hacinaban otros hombres. Antes de partir, un comisario que tenía una lista ante sí, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y el Buen Rabí, contestó:

—Jesús.

—¡Jesús! ¿Jesús qué? ¿No tienes apellido?... ¿No tienes padres?... Vamos comprendo, comprendo...—Y sonrió picarescamente, con sonrisa de hombre que está al cabo de las miserias humanas.—Escriba, oficial,—agregó,—escriba: Jesús N., *árabe*, sin ocupación conocida. Agitador profesional.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA

(*Renovación*, Buenos Aires).

NOTICIA.—Méndez Calzada es el más celebrado de los actuales humoristas de la República Argentina.

La bienaventuranza de Don Quijote

HALLÓSE el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir que se murió». Así nos lo cuenta Miguel de Cervantes Saavedra al fin del Libro. Dió Don Quijote su espíritu a la eternidad, y a la vez al mundo, al morirse. Y su espíritu vive y revive.

No bien nuestro Don Quijote sintió como si se despeñara, empozara y hundiera en un nuevo abismo como el de la cueva de Montesinos y aunque curado de su locura por la muerte, figurósele que volvía a una de sus caballerescas aventuras. Y se dijo: «¿me habré de verdad curado?». Sentíase bajar en las tinieblas y bajaba y más bajaba. Y así como al bajar a la cueva de Montesinos se había dormido, parecióle que se dormía de nuevo, pero con un sueño dulcísimo. Algo así como el sueño en que vivió en el seno de su santa madre—¡la madre de Don Quijote!—antes de salir a la luz del mundo.

La oscuridad era espesísima y olía a tierra mojada; a tierra mojada en lágrimas y en sangre. El pobre Caballero iba haciendo examen de conciencia. Y lo de que más se dolía era de aquellas pobres ovejas que alanceó tomándolas por ejército de bravos enemigos.

De pronto sintió que la sima en que iba cayendo, la sima de la muerte, empezaba a iluminarse, pero con una luz que no hacía sombras. Era una luz difusa que parecía brotar de todas partes y como si su manantial estuviese en donde quiera y en redondo. Era como si todas las cosas se hiciesen luminosas y como si las entrañas mismas de la tierra se convirtiesen en luz. O era como si la luz viniese de un cielo cuajado todo él de estrellas, en que no hubiese sino estrellas. Y era una luz humana a la vez que divina; era una luz de divina humanidad.

Hundió el Caballero su mirada en aquella dulcísima lumbre derretida, que no hacía sombras, y descubrió una figura que le llenó de luminosa gravedad el corazón. Queríasele éste saltar del pecho, al que se llevó las dos enjutas manos. Era que veía a Jesús, el Cristo, el Redentor. Y le veía con manto de púrpura, corona de espinas y cetro de caña como cuando Pilato, el gran burlón, le expuso a la turba diciendo: «¡He aquí el hombre!». Se le apareció Jesucristo, el supremo juez, como cuando fué ludibrio de las gentes. Y el Caballero, que como buen cristiano viejo y a la española creía a pies juntillas que el Cristo era Dios y había oído aquello de que quien a Dios ve se muere, se dijo: «Pues que veo a mi Dios verdaderamente me he muerto». Y al saberse ya muerto, del todo muerto, perdió todo temor y miró cara a cara, ojos a ojos, a Jesús. Y apenas vió sino una sonrisa melancólica, una sonrisa que era como la de un cielo cuajado de estrellas, y unos ojos celestes y una mirada como la del cielo. Y el Caballero se sentía llevar, como volando a ras del cielo, hacia el Redentor.

Cuando estuvo cerca, el Cristo dejó caer el manto de púrpura y el cetro de caña y abrió los brazos como los tiene abiertos en la cruz. Y el Caballero abrió también sus brazos, como en crucifixión. Y se acercaron más. Y oyó Don Quijote como un susurro, brisa de eternidad, que le sonaba no en los oídos sino en el corazón y decía: «ven a mi pecho». Y cayó en brazos del Redentor que iba a juzgarle.

Los brazos del Cristo ceñían a Don Quijote por la cintura y los de éste ceñían el cuello de Jesús. Las dos manos enjutas, sarmentosas, del Caballero, se cruzaban en la espalda del Redentor. Y Don Quijote apoyó su cabeza sobre el hombro izquierdo, el del lado del corazón, del Cristo y rompió a llorar. Lloraba, lloraba, lloraba. Sus grises cabellos, enmarañados, se enredaban en las espinas de la corona que ceñía la melena del Nazareno. Y lloraba, lloraba, lloraba. Sus lágrimas resbalaban por el hombro de Jesús. Y mezclábanse a lágrimas del Redentor mismo. Las lágrimas del Loco de España mezclábanse a las del que fué tenido por loco en su familia (S. Marcos, III, 21). Y los dos locos lloraban. Pasó sobre el alma del Caballero toda la pesadumbrosa visión de la pasión de su locura y recordó, sobre todo, aquel momento en que a la vista de unas imágenes de talla pensó abandonar su vida de aventuras y dedicarse a ganar el cielo. Pero ¿no le ganó acaso con sus locuras? Y pensando en su vida pública lloraba el Caballero. Y lloraba el Redentor.

Sintió de pronto Don Quijote que uno de los brazos del Cristo se desprendía del abrazo a su cintura y se alzaba y le sintió posarse sobre su cabeza rendida. Y de aquella mano dulcísima, atravesada por el agujero de un clavo, sintió como si brotara luz y como si aquella luz le penetrase en los

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

sesos a que habían dejado secos los libros de caballerías. Se le llenó de luz el cerebro al Caballero. Y vió toda su vida bañada en luz. Y al Cristo sobre una colina, al pie de un olivo, bañado en luz del alba de un día de primavera y oyó—era como si cantase el cielo — estas palabras: «¡Bienaventurados los locos porque ellos se hartarán de luz de razón!».

Y el Caballero se sintió en la gloria eterna.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

Versos de profecía

Señor Jesucristo, por mi siglo veinte,
por bueno y por malo, por toda la gente,
déjame decirte la súplica ardiente.
Porque el tigre rompa carnicero diente,
porque un cataclismo corra de repente
sobre el mundo malo de oriente a poniente.
Señor Jesucristo, que resucitaste
al tercero día que el mundo dejaste,
mira que mi siglo tu amor no malgaste.
Mira que desnudas y desmelenadas
como una manada de yeguas caldeadas
andan las pasiones ya desatentadas.
Te niegan los chulos y los comerciantes,
ya no se protegen de ti los amantes,
por negras faunalias los negros turbantes
de tus cardenales modernos y bravos
van pasando en manos de inmundos esclavos
de pueblos latinos y pueblos eslavos.
Señor Jesucristo, tu aliento de cumbre,
tu palabra lenta, tus ojos de lumbre
derritan la costra de esta podredumbre.
El loco germano que quiso perderte
—su lengua era bronce, su cerebro fuerte—
nos dió sus venenos y sales de muerte.
Por él los nacidos de matriz humana,
el gesto batracio, la idea pagana,
hacemos letrina de mitra romana.
Te adoró en España todo caballero,
el germano rubio te negó primero,
el blasfemo Nietzsche y el diablo Lutero.
Pero ya se anuncian las grandes pavuras;
llameará la tierra por sus aberturas,
se alzarán los muertos de las sepulturas.
Los dinamiteros romperán sus grillos,
saldrán las espadas, los largos cuchillos
de los hombres negros y los amarillos.
Señor Jesucristo de las suavidades,
en estos fragores y estas tempestades
que azotan campiñas e incendian ciudades,
mi alma es una barca que no tiene oriente,
doncella desnuda sobre la corriente
de zumos viciados de mi siglo veinte.
Para Compostela, profundo romero,
con mi don Quijote me fuí, caballero
de mirada pura, de gesto ceñero.
Pero en el camino, bajo las estrellas
hubo ronda alegre de blancas doncellas,
vino de manzanas, manjar de grosellas.
Siguiendo mi ruta por otro camino,
me ví frente a frente con Tomás de Aquino,
comí de su carne, bebí de su vino.
Pero, sin embargo, Señor Jesucristo,
mis ojos tan grandes terrores han visto
que a toda palabra de amor me resisto.
Y en esta tragedia yo te ando buscando
para que me digas el cómo y el cuándo,
porque yo recuerdo, Maestro, que estando
Lázaro, el mendigo, la tarde nefanda,
sumido en el sueño de una muerte blanda,
le dijiste: «Lázaro, levántate y anda».
Y hoy que estamos muertos hombres y [mujeres,
y se inicia el reino de los mercaderes,
necesita el mundo tus amaneceres.
Ven con tu tridente, metiendo tu espada
en torre vetusta, en ciudad poblada,
en casa de mármol y en tierra sembrada.
Ven con mano airada, con semblante adusto,
y que en tu presencia se muera de susto
el malvado, el necio y el sabio y el justo.
Ven con pestilencias, con grandes temblores;
corran sobre el mundo siniestros horrores,
visiones de muerte, locos estertores.
Los galgos celestes en el paroxismo
arrastren los huesos de abismo en abismo
y dance la tierra bajo el cataclismo.
Caigan las estrellas como desgajadas
por vientos agudos y despedazadas
rompan catedrales y torres alzadas.
Se cuele tu furia por las mil rendijas
de la tierra rota, ruede por las guijas
la sangre mezclada de madres y de hijas.
Señor Jesucristo, por mi siglo veinte
pasaron los bárbaros de oriente y poniente
metiendo su espada, clavando su diente.
Cebaron sus potros en tus catedrales,
en piscina santa de aguas bautismales
lavaron su lepra con blancos pañales.
Y porque se cumpla la frase divina,
te pido, mi Cristo, vestido de sayos,
que en tierra sajona y en tierra latina
desates la furia de todos tus rayos.

ARTURO TORRES RIOSECO

El motín de Efeso

UNAS veces disputando en la vieja sinagoga con los judíos, persuadiendo otras a los griegos, bajo la línea marmórea del pórtico, abierto sobre las olas azules del Egeo, anunciaba San Pablo la nueva doctrina a los moradores de Efeso, la ciudad jónica famosa en todo el orbe por su templo de Diana.

No hablaba contra la diosa, a juzgar por lo que en los «Hechos de los apóstoles» se refiere. El magistrado o escriba público hubo de proclamar más tarde ante el pueblo que aquel hombre no había sido «sacrílego ni blasfemador» del culto de Diana, la protectora de la ciudad. Pero anunciaba la Buena Nueva de las almas, estimulando a todos a que, penetrando en el íntimo sagrario del propio corazón, buscasen en él al Dios «que, de cierto, no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...» «Somos del linaje de Dios, y no debemos pensar que la Divinidad es semejante al oro, o plata, o piedra, labrada por arte o industria de hombre...»

Predicando así la religión del espíritu y de la verdad, chocaba el apóstol con los prejuicios tradicionales de las antiguas creencias, hiriendo por igual el frívolo escepticismo de los gentiles decadentes, «aficionados sólo a decir u oir cosas nuevas», y el celo fanático de los judíos, esclavos del rito y de la regla, del texto y de la letra de los Libros Sagrados... «Te oiremos sobre esto otra vez...», decían, sonriendo los primeros. Los segundos, en cambio, odiando en San Pablo al sembrador de ideas nuevas, como ellos mismos decían, concitaban contra él a las dos grandes fuerzas conservadoras: los hombres poderosos y las mujeres devotas. Así, en Antioquía, según se narra en los «Hechos», soliviantaron «a algunas damas piadosas y a los principales de la ciudad», hasta que lo expulsaron más allá de su recinto, de donde salió el apóstol, «sacudiendo el polvo de sus pies contra ellos»...

Mas ahora en Efeso, la ciudad pagana, comercial y cosmopolita, ¿qué podía temer aquel pobre predicador de una doctrina nueva que, tras de discutir libremente, al caer de la tarde, apoyado contra una columna del pórtico, se recluía en su albergue para ganar con sus manos el diario sustento—«vosotros sabéis que, para lo necesario, estas manos me han servido...» — trabajando en su oficio de cordelero o fabricador de tiendas?

Había en Efeso, según se cuenta en el capítulo XIX de los «Hechos de los apóstoles», un platero, llamado Demetrio, «el cual hacía de plata templecillos de Diana, dando no poco que ganar a los artífices». Sin duda, los visitantes del célebre santuario compraban, como recuerdo, alguna imagen de la diosa o reproducción de aquel sagrado edificio, una de las siete maravillas del mundo. De ahí un comercio próspero, que enriquecía a orfebres y mercaderes. Por eso, Demetrio, reuniendo a los artífices le dijo: «Varones: Vosotros sabéis la ganancia que nos resulta de nuestra maestría, y estáis viendo y oyendo que, no solamente en Efeso, mas por toda Asia, retrae a muchas gentes con sus per-

suaciones este Pablo, diciendo que no son dioses los que son hechos de manos...»

Por lo visto, la venta de imágenes y templecillos comenzaba a decrecer. El devoto negocio corría evidente peligro. Y como, de antiguo, el lucro y la codicia se disfrazan a las veces hipócritamente con las vestiduras santas de la piedad, no es de extrañar que los plateros, oídas aquellas razones, convinieran con Demetrio en que iba por tierra la majestad de la diosa tutelar y, llenos de ira, alzaran la voz, clamando: «¡Grande es la Diana de Efeso!»

«¡Grande es Diana la de los efesios!», empezó a gritar entonces el pueblo entero, que creía ofendida y ultrajada a la Patrona de la ciudad. Cundió la confusión, el tumulto. Se arremolinó la muchedumbre en el teatro, improvisándose una especie de reunión pública contradictoria. San Pablo deseaba hablar a la multitud; pero se lo impidieron sus discípulos y algunos personajes principales, que le querían bien. Por su consejo, hubo de salir bien pronto de aquella tierra, partiendo para Macedonia. Entre tanto, el alboroto crecía hasta trocarse en un verdadero motín. Excitado por el sórdido interés de plateros y vendedores, todo el pueblo, sintiendo exaltarse el patriotismo local y el fervor religioso, vociferaba unánime: «¡Grande es la Diana de Efeso!»

Tan sólo, acaso, un anciano filósofo, que había alguna vez departido con Pablo de Tarsos acerca de los problemas eternos, se alejaría de la plebe para ir acompañando en su marcha al apóstol hasta los términos de la ciudad. Bien sabes, amigo mío—le diría—, que si tú bautizas en el nombre del Profeta galileo, muerto en una cruz, yo sacrifico en el altar de la virgen Diana, la casta deidad de los bosques silenciosos y de las almas solitarias. Pero ambos creemos igualmente en un Dios Supremo, porque creemos en la justicia y en la inmortalidad, en la virtud y en el amor. Si nuestros corazones, templos vivos, son dos aras distintas, arde en ambas la misma llama de la piedad y el sacrificio...

El filósofo, al despedirse, abrazaría al gran Apóstol de las Gentes. Este, conmovido, sentiría no poder proseguir la noble plática, con el deseo de traer a la religión verdadera de Cristo aquella inteligencia generosa. Y al continuar su camino hacia Macedonia, entre los olivos y las vides, no sacudiría ya, como en Antioquía de Pisidia, el polvo de sus sandalias; porque, con el grato recuerdo del que había sido su acompañante, pensaría quizás que, en cada motín de Efeso, en cada querella religiosa, frente al fanatismo interesado del platero, se halla también la fe tolerante del filósofo.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

La parábola de la palma

PUBLIO Valerio Optimo, joven patricio, de la familia Valeria, una de las más ricas en patrimonio de tierras de la Campania, se encontró en Jerusalén durante los días de la predicación de Jesús Nazareno, llamado el Cristo; y ha dejado unas Memorias, todavía inéditas, que bien pueden considerarse como un Evangelio desconocido. De esas Memorias extraigo la página que voy a ofreceros.

* *

«En aquellos días fuí convidado a comer en casa de un rico judío de Arimatea, llamado José, gran amador de la filosofía y conocedor profundo de nuestra Roma, donde estuvo en los primeros tiempos de Augusto. José había convidado también, aquel mismo día, al predicador Jesús, uno de los muchos videntes que pululaban entonces por las calles y plazuelas de la vieja ciudad.

Comíamos en las afueras, en un predio de los alrededores de Jerusalén. Era un paisaje siniestro, entre montañas. Las cuevas de los leprosos abrían allá, lejos, sus fauces negras, bajo un peñasco desnudo y áspero. Higueras silvestres, pitas, cardos, nopales. Una mísera palmera, junto a una cisterna, desplegaba sus hojas sedientas, a modo de inmenso penacho.

De sobremesa, conversábamos al amor del buen vino, que unos esclavos árabes de José habían vertido en nuestras copas. Y Jesús, con la mirada absorta en la roja brillantez del vino, parecía entregado a sus ensueños.

—Rabí—le dije—, deberías predicar tu doctrina en Roma, y no en esta Judea, que es la nación más hostil a todo extranjero. Tus hermanos de raza no pueden comprenderte, porque no sienten las cosas inmortales y las amplitudes del alma. Ven a Roma, ahora que la escuela del viejo Platón y la filosofía del Pórtico proclaman allí, como tú aquí, la paternidad de los dioses respecto a los hombres, y el fortalecimiento del hombre por el dolor.

—No me creerás, romano—me respondió—, si te digo que me sentaré en el trono del César, en tu Roma, y desde allí dictaré leyes al mundo.

—Acaso tengas razón, Maestro. Pero también te digo que no serás Tú quien venza a Roma, sino ella quien te vencerá a Ti. No será tu doctrina quien dicte la ley de paz a los hombres desde la capital de la tierra. Será la eterna sed de dominio, la eterna crueldad imperial de los hombres, quien aprovechará tu doctrina como nuevo instrumento de mal y de opresión. El día en que un César se ponga tus vestiduras de rabino, o uno de tus rabinos se ponga las vestiduras de nuestros Césares-Pontífices, ¿qué quedará de tus sermones? Tú has dado a los hombres una antorcha para que se iluminen; pero los hombres la convertirán en tea para quemar piadosamente a sus propios hermanos, en tu nombre, sobre las piras...

—Hermano gentil—replicó Jesús—, allí donde un hombre muera por obra de los demás, con él estaré Yo y con él moriré por mano de los otros.

Entonces me di cuenta de que uno de los esclavos, con cara etiópica y torso de atleta, escuchaba embebecido a la puerta del cenáculo. Sobre su cabeza, trémulo sostenía un ánfora de vino de Engaddi...

—¿Quieres, Maestro, sacarme de una duda que me acometió el otro día, al escucharte una parábola contra los ricos, predicada a las turbas? Tu doctrina tiene para nosotros, romanos, el grave defecto de ser una loanza de los hombres inferiores, de las razas esclavas, que no han sabido resistir a la espada de nuestros conquistadores ni competir con la ciencia de nuestros sabios.

—Joven—contestaba el Nazareno—, si quieres que el esclavo rompa sus cadenas invisibles, dale la facultad de hacerlo; y este poder es la nueva palabra. Por eso mis discípulos me han llamado así: la Palabra. Si supieses comprenderme, te diría que el esclavo y el plebeyo ascenderán a patricios, y los patricios serán esclavos sin rebajarse, porque servirán al Espíritu y no a la carne.

José de Arimatea, solícito, intervino:

—Publio, conozco muy bien tu Roma. Conozco muy bien las doctrinas que le han dado nombradía, y he estudiado en los anales de los Pontífices vuestra Historia, y en los comentarios de los juristas, vuestro Derecho. Pero debo decirte que ha habido siempre entre vosotros dos clases de esclavos: los que quieren dejar de serlo, y los que aceptan la esclavitud como un decreto del Eterno. En vuestros tiempos de República, los plebeyos y

los esclavos querían ascender a ciudadanos; así los del Aventino, en tiempos de Agripa, o los que impusieron el Tribunado, o los que conmovieron a Roma con los Gracos, o los que se levantaron en guerra con Euno y Espartaco. En cambio, ¿sabes cuál es el sostén más fuerte del actual Imperio? ¿Sabes dónde se apoya el trono del César? ¡Se apoya en los que adoran la divinidad de un hombre, y no encontrarían ya entre ellos la virilidad de un Escévola o de un Bruto!

—José—le respondí—, tal vez por eso profetizaba el Maestro el advenimiento de un César rabínico, o de un Rabino que se revestirá con la púrpura de Augusto. No hay nada más útil a la tiranía absoluta de un solo hombre que la resignación de todos los demás. Si los hombres se declaran ovejas, ello favorece al Unico que sepa declararse lobo. Sólo así nuestra antigua República ha llegado a ser el escabel del Emperador...

—En verdad os digo—repuso, finalmente, Jesús, llamado el Cristo—, que algún día también mis discípulos invocarán esa República contra ese Imperio, y morirán por Mí, sin saberlo...

Un gran murmullo que venía de fuera nos sosprendió. Los esclavos, a la puerta, se obstinaban en impedir la entrada de una mujer. La mujer era hermosísima, morena, de ojos negros, opulenta. Una tupida cabellera caía sobre sus hombros desnudos. José la hizo entrar. Yo la miré intensamente, con una inclinación de toda mi avidez romana por las bellezas exóticas, en las cuales me parecía saborear el placer de la victoria de Roma sobre las tierras y las razas.

En las manos de la mujer, antigua meretriz, según José me dijo, una palma vibraba. Acercóse a Jesús y se la ofreció, como un presente simbólico de no sé qué transcendencias... Después, arrodillada, besó largamente los pies del Maestro y el extremo de su túnica, que curaba todos los males.

Jesús, sonriendo, le pasó la mano por los cabellos con lentitud amorosa y casta; ciñóle el cuello con su verde palma; acercóse a los labios, por última vez, la copa casi llena, y la derramó después, como una unción, como el bautismo ritual de los Esenios, sobre las negras crenchas. Unas gotas quedaron, como rubíes, entre aquellos hilos nocturnos, y brillaron en las puntas agudas de la palma.

—Mujer—dijo el Rabí—, esta palma es la corona de tu nueva virginidad, que nadie podrá desflorar. Este vino es mi sangre, que correrá ya eternamente sobre la tierra, desde tus cabellos de mujer que ha preferido el amor a las riquezas, el espíritu a la carne. Mujer, desde hoy te llamarás Humanidad. Vete en paz; estás salvada.

Alguien me contó, días después, que aquella mujer fué rebautizada con la verdadera sangre del llamado Hijo del Hombre; porque en las horas de la crucifixión se acercó a la cruz, y la herida del costado derramó sobre ella otra lluvia de vino simbólico. La mujer, desciñéndose la palma, que llevaba todavía, anudóla a los pies de Jesús, invadidos ya por el frío mortal; y la palma, que había acompañado a Jesús en los hosannas, se embebió de aquel rocío como una púrpura. Y desde entonces, para los discípulos, es un triple símbolo de martirio, de triunfo y de virginidad; y aquella sangre fué fecunda».

GABRIEL ALOMAR

(*La Libertad*, Madrid).

De los libros que nos llegan

(Indice)

[GABRIELA MISTRAL: *Desolación*, Poemas. New York, 1922. Edición del «Instituto de las Españas en los Estados Unidos». pp. 248].

AL OIDO DEL CRISTO

(A *Torres Rioseco*).

I

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres
y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco
así, con sus ímpetus laxos y marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden,
por no disgregarse, mejor no se mueven.
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia de gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto. El que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja;
¡y como de fines de otoño, así, floja
e impura, la poma de su corazón!

III

¡Oh Cristo! un dolor les vuelva a hacer [viva
l'alma que les diste y que se ha dormido,
que se la devuelva honda y sensitiva,
casa de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes [hiendan
tal como se hienden quemadas gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan,
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

¡Llanto, llanto de calientes raudales
renueve los ojos de turbios cristales
y les vuelva el viejo fuego del mirar!

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

VIERNES SANTO

El sol de Abril aun es ardiente y bueno
y el surco, de su espera, resplandece;
pero hoy no llenes l'ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano en el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aún Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aún padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,
Jesús padece.

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

CANTO DEL JUSTO

Pecho, el de mi Cristo,
más que los ocasos,

más, ensangrentado:
¡desde que te he visto
mi sangre he secado!

Mano de mi Cristo,
que como otro párpado
tajeada llora:.
desde que te he visto
la mía no implora!

Brazos de mi Cristo,
brazos extendidos
sin ningún rechazo:
¡desde que os he visto
existe mi abrazo!

Costado de Cristo,
otro labio abierto
regando la vida:
¡desde que te he visto
rasgué mis heridas!

Mirada de Cristo,
por no ver su cuerpo,
al cielo elevada:
desde que te he visto
no miro mi vida
que va ensangrentada!

Cuerpo de mi Cristo,
te miro pendiente
aún crucificado.
¡Yo cantaré cuando
te hayan desclavado!

¿Cuándo será? ¿Cuándo?
¡Dos mil años hace
que espero a tus plantas,
y espero llorando!

La profecía del poeta Santiago Argüello

Del libro "El Alma dolorida de la Patria"

Llegó el instante de las profecías

ESTE es, realmente, un poema de dolor. Sentido, profundo dolor. Leyéndole, si fijáis el recuerdo de la patria del poeta[1] delante de vuestros ojos, oís llanto de aguas en el río de la aflicción.

Ni podría ser de otra suerte. Este poeta ha estado oyendo, día y noche, en la capital de su patria, por espacio de largos años, la pesada resonancia de la bota extranjera. Ha vivido, escuchando, sobre los yunques patrios, martillos del setentrión forjando los eslabones de la cadena que se ajustará a la «argolla de Nabucodonosor» que yace ardiendo en la fragua.

Y sabéis bien cuál es la función trascendental del dolor: sutiliza la visión de las cosas internas del alma y del mundo. El dolor da la videncia. Los grandes dolores nacionales exaltan la sacra locura de los héroes, confieren la visión de los profetas.

Naciones de profetas son las que por un movimiento irrevocable del Hado se sienten amenazadas de muerte. La más bella época del profetismo hebreo surgió cuando en el norte de Palestina hiciéronse grandes y fuertes los conquistadores asirios.

Desde Tiro en el setentrión a Moab en el sur pace un hato de principados en subordinación. Menahem, Hoshea, Ahaz, Hezekiah satisfacían su apetito de poder impetrando el favor de los reyes asirios o de los faraones, de cuyo agrado dependía el precario gobierno de tales principios. Ninguno de ellos bastante a resistir la potencia del coloso del norte y el Egipto, al sur, bajo el gobierno de la vigésima cuarta dinastía, aun siendo débil, era el único capaz de resistencia. Alguna vez los príncipes entreveían la posibilidad de constituir una liga de defensa, como la intentada por Damasco, que el coloso del norte no permitió madurar. Eran esos principados almendras frágiles para la presión del cascanueces. Entre el norte y el sur era Palestina el rico y atrayente camino de las caravanas. Askalón, Jerusalem, Gaza, Samaría eran objeto de codicia así por sus riquezas naturales como por su situación geográfica. Y los príncipes ambiciosos enviaban sus embajadas al norte para pedir su protección al conquistador asirio Tiglath-Pilaser. Jehu, Henahem, Jotham, Ahaz, todos ellos príncipes cobardes que para disfrutar del poder se declaraban los vasallos del poderoso asirio. Y toda esta obra de conquista y de vergüenza presenciaba Isaías. ¿Cómo no habían de venírsele a los labios, desde el fondo del alma, las brasas de bronce de su terrible palabra?

Ese fragmento de la historia de Palestina ¿acaso no es, con las variantes de la época, la historia de Nicaragua, quizás de Centro América?

Los mismos peligros engendran unas mismas ansiedades, las amenazas del poderoso una misma indignación. Y la cólera de los profetas, como espada de dos filos, se blandió contra la cobardía y la corrupción y la injusticia de quienes se dejan arrastrar al desastre así como contra los imponentes colosos.

«Barca de mercaderes es la barca!»

dice el poeta Argüello

«Y porque ha muerto el Ideal, la Raza
perecerá también!»

«Oh Raza, idolatraste! Un Dios propicio
la sangre bebe en ti del sacrificio».

Sí, vinieron con las víctimas propiciatorias a los altares de Washington, y eran víctimas hermanas «con la entraña fraterna en holocausto», dice el poeta.

Sí, como los pequeños príncipes palestinos en busca de asirios conquistadores, los políticos ambiciosos, sin prestigio en el interior de su casa, viniéronse a Washington a pedir en nombre de los intereses humanos, que fuerzas armadas impusiesen orden y paz, esto es, que sofocasen la voz y voluntad de la mayoría de un pueblo en beneficio de una minoría que ni siquiera representaba a los mejores. El hecho de que viniesen a pueblos extraños en busca de protección es prueba de ello. Y no una vez. Era y es la demanda permanente.

Cuando en nombre de los liberales de Centro América gestioné el retiro de los marinos *que guardan la paz* en Nicaragua, el señor Bryan me respondió, que en más de una ocasión el Gobierno de los Estados Unidos había intentado hacerlo y siempre se habían opuesto los hombres de gobierno de Nicaragua, invocando intereses humanos, porque al punto de reembarcarse aquéllos estallaría la guerra civil.

El poeta, pues, dice la verdad:

«Y es porque habéis idolatrado. Y entre
las hambres de Moloch, vuestro decoro
echasteis, como leños, en el vientre
que honras devuelve en vómitos de oro».

«¡Y por el oro moriréis!»

Y al final:

«¡Ya ha triunfado el impúdico himeneo!
¡Ya le sirven de alfombra al filisteo
los cortados cabellos de Sansón!»...

¡La fidelidad del poeta no puede ser más angustiosa! No hay estrofa en ese poema que no tenga una doliente verdad o un punzador recuerdo. Y los recuerdos de la raza indígena le vienen en imágenes de una belleza vívida, muy propia de la mente de este gentil poeta.

«¿Dónde está el Cuauhtemoc de las cien [vidas,
que reclinaba su silencio en brasas
como en lecho de rosas encendidas?»...

(1) Nicaragua. *(N. del E).*

A veces ha alcanzado una concentración de concepto extraordinaria:

«Ese arenal no sabe que pudiera
surcar con alas de esplendor la Esfera,
y en vez del grano que la espuma toca
ser Sol de sangre o Luna de alabastro:
no sabe que en la arena está la roca
y en la roca está el astro».

¿Para quién puede no ser clara la concepción cósmica de la Nebulosa contenida en las solas dos últimas líneas? ¿Quién no ve, fulgurando en el espacio nuestro planeta incandescente como un astro que al enfriarse ha generado las rocas de cuya lenta erosión es producto la arena? Y todo esto para realzar un hecho moral, para recordar al hombre de su raza la excelsitud de su origen, para alentarle a la santa rebelión contra la servidumbre con que le amenaza Nabucodonosor.

Es esa bella concentración de los pensamientos lo que presta a este poema su mayor encanto; él se ha concebido y realizado en una atmósfera de arte puro. Porque aquí está el secreto de su excelencia artística: abarca el asunto una situación político-social de gran importancia para la patria del poeta, y sin embargo, no hay un concepto que empequeñezca su actitud de patriota, ni la del artista. Antes por el contrario, magnificando su causa, la levanta a la altura de causa de la Raza, con lo cual su profecía adquiere la trascendencia de una visión continental. Durante una larga época de la historia de América esa visión continuará siendo actual y sin embargo profética. Y como el artista no ha rebasado los confines propios del arte, yo creo que este laurel no se marchitará jamás en su corona de poeta.

R. Brenes Mesén

Syracuse, New York.

La educación en México

[Conferencia leída en el Continental Memorial Hall de Washington la noche del 9 de diciembre de 1922, a invitación de la Chataucua International Lecture Ass., por el Lic. José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública de México.]

¿QUE ES EDUCAR?

Educar es preparar al individuo para determinado propósito social. Los hombres han sido educados para ser buenos súbditos, buenos esclavos, buenos frailes, buenos artesanos, y últimamente para ser buenos ciudadanos: unas veces son las condiciones sociales; otras veces la escuela; pero siempre encontramos que el propósito de la educación es modelar a los hombres para el desempeño de una función social.

Las escuelas monárquicas se proponían formar buenos súbditos; las escuelas teológicas, buenos sacerdotes; los despotismos se empeñan en crear soldados, y solamente los pueblos civilizados procuran formar buenos ciudadanos; es decir, hombres y mujeres libres, capaces de juzgar la vida desde un punto de vista propio, de producir su sustento y de forjar la sociedad, de tal manera que todo hombre de trabajo esté en condiciones de conquistar una cómoda manera de vivir. Este es el tipo de hombre que tratamos de crear en México, y ese ha sido el propósito de nuestra reforma educacional. Teniendo, pues, en cuenta, claramente, el propósito que antecede, examinemos los métodos que estamos poniendo en práctica para cumplirlo.

EL MEDIO

Escritores y educadores del viejo tipo científico expresaron, con frecuencia, la opinión de que nuestro pueblo, particularmente el indio y la clase trabajadora, constituían una casta irredimible, supuesto que siendo el hombre un producto de la herencia y el medio, el mexicano auténtico no tenía esperanza de redención, porque su ángulo facial no correspondía a tales o cuales normas propias del tipo escocés o noruego, y, además, las circunstancias ambientes en que se verificaba su desarrollo, eran de la peor clase. Pero estos mismos teóricos solían afirmar, asimismo, que toda esta población oprimida era totalmente incapaz de derrocar el despotismo militar y económico de Porfirio Díaz, el de la mano de hierro. Y, sin embargo, sucedió que Porfirio Díaz, y todo su ejército, y todos los aristócratas y oligarcas de su época, fueron derrotados en el campo de batalla, a la vez que sus métodos de gobierno caían en completo descrédito. Desde entonces nos hemos dicho, recordando el Evangelio, más bien que las largas contradicciones y obtusas afirmaciones de la pedantería científica, que todos los hombres son hijos de Dios y que todas las razas son o pueden llegar a ser aptas. Algunas sobresalen en determinadas aptitudes y otras se distinguen por aptitudes diversas; pero importa al progreso y mejoramiento del mundo que todas las razas y todos los hombres sobrevivan y conquisten libertad económica y política, a fin de que puedan lograr la expresión total de sus almas. De suerte que, apartándonos de las hipótesis sociológico-científicas, y provistos de una buena dosis de sentido común y con algo de inspiración cristiana, nos hemos dicho a nosotros mismos: este medio que nos rodea es un obstáculo para la salvación del pueblo. Sí, la ciencia tiene razón hasta este punto; pero de ello solamente se deduce que es necesario transformar el medio, y en contradicción de las ideas spencerianas, que ven en el hombre un producto del medio que lo rodea, hemos adoptado la doctrina formulada hace más de cien años por Simón Bolívar cuando dijo, refiriéndose al porvenir de las naciones latinas de este Continente: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». Creemos que hoy, como ayer, el hombre puede convertir el medio a sus aspiraciones, ya que la civilización, desde sus comienzos, no es otra cosa que la victoria periódica del hombre sobre las circunstancias que lo rodean. En consecuencia, estamos empeñados en cambiar la vieja organización social para dar lugar al crecimiento de un futuro mejor.

EL ANTIGUO REGIMEN

Todo el mundo sabe lo que México era antes de la Revolución: un país cuya extensión es una cuarta parte de los Estados Unidos de América, con quince millones de habitantes, doce de ellos analfabetos, pobres y oprimidos, y todos manejados políticamente por un solo hombre, y económicamente por un centenar de familias. La riqueza pública de todo género, las tierras, los depósitos minerales, todo había sido liberalmente repartido por Porfirio Díaz entre protegidos y asociados, nacionales y extranjeros. Nada se había reservado para la colonización, y aun el mexicano aborigen se encontraba incapacitado para comprar tierra laborable, porque el gran terrateniente no la vendía. Tampoco podía establecerse un pequeño negocio, porque las grandes empresas no permitían trabajar en condiciones equitativas. Al mismo tiempo los políticos de la época de Porfirio Díaz decían: «¿Qué objeto tiene educar a las masas? Si aprenden algo, exigirán mayor salario y más libertades, y esto trastornará las condiciones sociales. De suerte que es mejor dejarlos como están y, si es necesario, que perezcan; pero que se salven la situación existente y la paz y el crédito de México». La explotación y la tiranía continuaron sin freno, a tal punto que uno de los protegidos de Porfirio Díaz, un conocido ganadero, logró adueñarse de casi todas las tierras del Estado de Chihuahua, una superficie equivalente a la mitad de Francia, y después de haberse apoderado de las tierras y del ganado, construyó casas y las rentó a la gente, conservando sobre ellas la propiedad. Y después de construir las casas compró los molinos de harina, y logró que se dictaran leyes de impuestos que lo protegieran contra la competencia de los productores de harina de otras regiones de México, y de esta manera, pudo vender el pan al precio que le convino; lo mismo hizo con la cerveza, con la carne y con la sal. Y si Porfirio Díaz, su amo, hubiese permanecido más tiempo en el Poder, no hay duda que aquel rico propietario habría logrado explotar el aire respirable, con el pretexto

de algún procedimiento higiénico científico para purificarlo y venderlo en las ciudades. Con esta situación a la vista, yo pregunto a cualquier educador norteamericano: ¿Qué habría usted aconsejado para salvar a un pueblo sometido a tan cruel explotación? Pregunto a cualquier ciudadano americano, ciudadano de verdad: ¿Qué haría usted si no pudiese ser agricultor en su propio país, si todas las tierras de los Estados Unidos estuviesen en poder, por ejemplo, de mil familias, que no las labrasen o las labrasen insuficientemente, en tanto que la mayoría del pueblo casi perecía de hambre? «Impónganse contribuciones fuertes sobre el latifundio»: ya sé que esa sería la respuesta. Pero si se pretende decretar contribuciones, es necesario, primeramente, conquistar el poder de los terratenientes para ponerlo en manos del pueblo. Cuando algunos de nuestros enemigos nos proclaman bolshevikis, siempre podemos contestar con los hechos: «En realidad somos un Estado feudal que trata de modernizarse». En verdad estamos tratando de implantar un régimen agrario semejante al que existe en Ohio, en la Nueva Inglaterra o en las Dakotas. Y si Kansas, con sus millares de cultivos feraces, es bolsheviki, entonces nosotros también deseamos serlo. Volviendo al asunto educativo, diré que estamos procurando transformar el medio que nos rodea para que pueda producir hombres mejores; estamos cambiando el régimen agrario para poder tener, no simplemente habitantes, sino ciudadanos y hombres. Y no vacilo en afirmar que la base de nuestro sistema educacional reside en una mejor distribución de la propiedad y de los productos del trabajo. Una resolución justa del problema económico es el primer paso de la reforma educativa. Sí, nuestra finalidad es, como la he definido anteriormente, crear hombres libres y no esclavos.

Un parecer

San José, 19 de marzo de 1923.

Al señor Gil Sol

En «La Prensa»

Muy señor mío:

En «La Prensa» del miércoles 14 del mes en curso, me ha invitado usted a que opine acerca de la cláusula XVI—que a enseñanza se refiere—del Programa del Partido Reformista. Con mucho gusto paso a darle el parecer que me pide.

Estoy de acuerdo con lo que el Partido Reformista piensa respecto del problema escolar de Costa Rica. Quizá vaya más lejos que ustedes: reclamo hace tiempo *la máxima instrucción gratuita para todos los ciudadanos*. Los propósitos de los partidos políticos de Costa Rica yo los condensaría en uno: Fomento de la cultura popular, en su totalidad de miras, constante, sin restricciones de Presupuesto. Lo demás vendrá por añadidura.

Lo de costear el Gobierno la enseñanza secundaria—en su diversidad—es una de las más sentidas y palpables aspiraciones de la nueva democracia costarricense. De modo que han hecho ustedes muy bien al recogerla en el Programa del Partido Reformista. Por ello merecen las simpatías y el apoyo de los ciudadanos liberales y progresistas, de la mocedad estudiosa y pobre, de los maestros y profesores, de los matrimonios sin recursos, en una palabra, de la mayoría del pueblo costarricense. La urgencia fundamental de la República sigue siendo la educación del Soberano. Pero una obra educativa con fines propios, no subordinada a la política, que ha de ser preocupación secundaria.

Diga usted por ahí que lo del *mínimum de conocimientos* que el Estado debe dar al ciudadano es principio que ya pasó a la Historia y que por acá todavía suele oirse en boca de pedagogos y politiqueros rezagados. En las naciones de la vanguardia ya no se discute *la máxima instrucción gratuita* que las leyes escolares deben otorgar a la comunidad.

Otras cláusulas del Programa del Partido Reformista me interesan también. Llamen ustedes a su seno a intelectuales de crédito—que los hay—y póngase a trabajar con sinceridad, entusiasmo y cordura. Los obreros de la materia sin los del espíritu van al fracaso, y viceversa. Si el Partido Reformista logra organizar un Estado Mayor de hombres de carácter y ciertamente Amigos del País, puede hacer mucho en el futuro por el buen suceso de la democracia en Costa Rica. Y entiendo por hombres de carácter aquellos que Araquistain busca para España: individuos que *piensen bien las cosas* y lo *bastantes enérgicos* para *llevarlas a cabo*, *sordos* a los *halagos*, a los *intereses egoístas* y a las *amenazas*.

Con toda consideración, de usted afmo.

J. García Monge

NUESTROS METODOS

La Revolución, transformada en gobierno, está empeñada en resolver los problemas económicos del país. El pueblo elige sus funcionarios y dicta sus propias leyes; el promedio del bienestar material del pueblo ha mejorado sensiblemente; sin embargo, nuestro progreso es lento porque trabajamos en medio de las ruinas y los errores de siglos de mal gobierno y de los últimos diez años de guerra. A pesar de ello, una poderosa corriente moral mantiene alerta las conciencias, y puede afirmarse que cada quien se da cuenta de las exigencias del momento y se apresta al cumplimiento del deber. Así se explica que gentes que casi tenían olvidados los deberes del Estado, por lo que hace a educación, prestan actualmente todo su apoyo a un gobierno que por la voz del Presidente Obregón, el más distinguido general de la Revolución, ha proclamado la necesidad de licenciar soldados y reclutar maestros, de cerrar cuarteles y abrir escuelas. Millares de soldados han regresado ya a la vida civil, y millares de maestros trabajan como soldados del progreso en las ciudades y en los distritos rurales; y aun en las más remotas comarcas indígenas, centenares de misioneros, con carácter oficial, y otros como voluntarios, trabajan entre los ignorantes para enseñarles a leer y escribir, buenas costumbres y métodos de trabajo más eficaces. Estos maestros misioneros preceden el trabajo de la escuela y lo preparan, y ya han logrado despertar el interés de toda la población en favor de la educación pública.

Con el objeto de dar mayor impulso a la campaña educacional, fué necesario reformar la Constitución con el fin de crear un Ministerio federal de Educación Pública. Este Ministerio tiene facultades para crear y sostener toda clase de instituciones educativas en cualquiera región del país, colaborando con los Consejos de Educación de los distintos Estados de la Unión, o procediendo independientemente, según sea más conveniente y práctico.

El presupuesto de que dispone el Ministerio ha sido, durante el presente año, de algo más de cuarenta y nueve millones de pesos, o sea cerca de veinticuatro millones de dólares. Para dar una idea de lo que esta cantidad representa entre nosotros, bastará recordar que la mayor suma destinada a educación pública en los tiempos de Porfirio Díaz, es decir, hace solamente doce años, fué de ocho millones de pesos, o sean cuatro millones de dólares; después Madero aumentó esta cifra a doce millones de pesos, pero Carranza la redujo a menos de seis; de suerte que el actual Gobierno ha subido el gasto de poco menos de seis millones que pagaba Carranza a los cuarenta y nueve del presupuesto actual. Por supuesto los gobiernos locales, hoy como antes, continúan dedicando sumas anuales para el sostenimiento de sus propias escuelas, celebrándose cada año los convenios correspondientes para asegurar la colaboración de las autoridades federales y las locales en materias escolares. Los sueldos de los maestros se han duplicado y en muchos casos triplicado, habiéndose logrado establecer el salario mínimo de tres pesos diarios para cada maestro, no obstante que el mínimo anterior era, a veces, menor de un peso por día. Al mismo tiempo se ha tratado de fortalecer el decoro de los maestros y el sentimiento de su propia responsabilidad, concediéndoles, en la generalidad

de los casos, el derecho de elegir candidatos para las jefaturas de departamentos y dirección de escuelas; pues hemos juzgado que si nos proponemos educar hombres libres, debemos empezar por hacer maestros libres. Lo que equivale a decir: páguese a los maestros lo más que sea posible y permítaseles que se organicen según su propio saber y experiencia; un saber y experiencia que será superior, por lo menos, al criterio del político o de los Consejos Ejecutivos que en otras partes manejan los colegios.

EL PROBLEMA DE LA INFANCIA

JUNTO con la necesidad de mejorar las condiciones económicas y sociales de los maestros, hemos tenido que afrontar el problema de las necesidades del niño. Naturalmente no nos hemos preocupado mucho por los hijos de los ricos, puesto que sus padres pueden atenderlos, y el deber del Estado consiste en ayudar a los que lo necesiten, mostrándoles preferencia. Nuestras antiguas instituciones educativas, aunque limitadas en número, se hallaban perfectamente organizadas conforme a los más modernos métodos pedagógicos; pero en nuestro esfuerzo de reconstrucción la realidad nos ha obligado a hacer a un lado un sinnúmero de bellas teorías.

Por ejemplo: teníamos escuelas de niños anormales en las que se practicaban exámenes cuidadosos, anotados en registros que después servían para formar conclusiones generales más o menos triviales. Tuvimos que acabar con estos lujos de dudosa utilidad inmediata, y con excepción, por supuesto, de los sordomudos y ciegos, que asisten a planteles especiales, reunimos a todos los niños en el mismo tipo de escuela primaria, y en todas ellas establecimos el desayuno escolar, gratuito, para los pobres. De esta manera, lo que ahorramos en médicos lo gastamos en pan; le experiencia nos ha demostrado que una buena ración matinal es mucho más eficaz que el médico para curar la debilidad del carácter y la lentitud del pensamiento. Subsiste, por supuesto, el servicio médico, que practica visitas periódicas a las escuelas; pero tratamos de hacer comprender a los médicos que no nos importa mucho que aconsejen a los niños ni que nos remitan largos informes escritos, sino que la Nación les paga para que curen. El médico, antiguamente, se ocupaba de recetar drogas que, en la generalidad de los casos, el niño no podía comprar: hoy aplica directamente el tratamiento, y el resultado es que estamos a punto de desterrar las enfermedades de la piel, que antes se consideró imposible combatir dentro de la escuela. Nuestro servicio dental gratuito se está extendiendo a todas las escuelas, y, a medida que disponemos de fondos, establecemos en cada escuela, también gratuitamente, baños, estanques de natación y campos de recreo. En realidad nuestros planes son tan amplios, que acaso sean censurados por pretender abarcar demasiado; pero de todas maneras debo hacer constar que los maestros—hombres y mujeres—que participan en nuestra obra, tienen la convicción de que no sólo desempeñan una función cívica, sino que trabajan en una especie de moderna cruzada para la elevación y liberación de los espíritus y el mejoramiento de los cuerpos de sus semejantes; por eso el fervor que ponen en su obra es un fervor religioso, y la recompensa que reciben no está en el dinero ni en los ascensos, sino en el entusiasmo apostólico, en el goce místico que los anima y sostiene.

(Concluirá en el número próximo).

4) Juan Ramón Molina

POR J. W. CHANEY

(Concluye. *Véanse los números 23, 26 y 27 del tomo en curso*)

La nota melancólica de los versos de Molina es indicio de su romanticismo:

«Siento la nostalgia de un mundo muerto, y, como el dulce Musset, creo que he nacido tarde, que esta época no es la mía, que son otros mis tiempos.

»Porque yo, hijo enfermo de este siglo, producto de una civilización sin ideales, fruto de un árbol ya viejo, semibárbaro del Nuevo Mundo, debí haber venido en los albores de la humanidad, en la aurora del paganismo, en la riente mañana de la Tierra, cuando Jove era fuerte con su haz de olímpicos rayos y Juno dejaba escapar de su seno divino una cascada de gotas de leche.

»Entonces, oh mar, oh sol, oh viento, habría cantado en el grandioso ritmo helénico, acompañándome de la lira de tres cuerdas de Orfeo, un himno religioso y sereno, que tal vez hubiera sido propicio a los amados dioses inmortales». [1]

ANHELO

¡Viviese yo en los tiempos esforzados
de amores, de conquistas y de guerras,
en que frailes, bandidos y soldados
a través de los mares irritados
iban en busca de remotas tierras!

No en esta triste edad en que desmaya
todo anhelo—encumbrado como un monte—
y en que poniendo mi ambición a raya
herido y solo me quedé en la playa
viendo el límite azul del horizonte!

En «Los ojos de los niños», se lee lo siguiente:

Mas dicen los ojos
con un elocuente silencio:
—¡Qué opaco y marchito es el mundo
que nosotros vemos!
¡Felices los hombres que nacen
a la vida ciegos!

Entonces la Muerte,
que se halla en acecho,
se acerca de pronto a los niños,
que la ven sonriendo,
y cierra de un golpe sus cándidos ojos
con la punta glacial de sus dedos.

El poema titulado «En alta noche» es notablemente romántico. En él encontramos palabras tales como murciélago, que es una de las favoritas de la escuela del romanticismo; o ataúd y capuz. Veamos ahora su poema «En la alta noche»:

En la alta noche, cuando el mundo duerme
en completa quietud,
cuando los foscos genios de las sombras,
que aborrecen la luz,
sus membranosas alas de murciélago
abren bajo el capuz,
que encierra este planeta miserable
como en un ataúd:
cuando el insomnio irrita nuestros ojos
cargados de sopor,
cuando parece caminar muy lenta
la aguja del reloj;
cuando en el aire de repente dice
nuestro nombre una voz;
cuando nos tienta una invisible mano
causándonos terror:
cuando la sangre a la menor sorpresa
golpea nuestra sien,
y contenemos nuestro aliento tímido
ignorando por qué;
cuando una negra turba de recuerdos
nos hostiga cruel
y anonadarse sin dolor sentimos
nuestro embotado ser:
cuando la orquesta de los grillos lanza
su chirrido sin fin,

....

Estando sentado en el Parque Bolívar, en presencia del poeta Alvarez Magaña, compuso Molina «Los cuatro bueyes», quizá el más sugestivo de sus poemas. Describe cuatro bueyes enyugados que arrastran carretas excesivamente cargadas, a las que están siempre sujetos sin poder nunca libertarse. Están cerca del parque, que para Molina es un cementerio cerrado hace muchísimo tiempo. Cansados de su penoso trabajo, duermen los bueyes y sueñan con los campos floridos, los prados verdes, las fuentes murmuradoras y las aves canoras.

Hermano soy en la pena
míseros bueyes, hermano;
mas es en balde que sueñe
como vosotros. Tirando
siempre estaremos. Vosotros
de una carreta con fardos,
y yo del orbe sombrío
de mi espíritu fantástico.

(1) Para la teoría esencialmente modernista de Molina, véanse también *Prosas*, pp. 97, 157, 210, 225.

En su soneto «Madre Melancolía», dice lo siguiente:

A tus exangües pechos, Madre Melan-
[colía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
porque absorbí los éteres de la filosofía
y todos los venenos de la literatura.

En este desierto espiritual, su alma cansada y sedienta sueña con dulces expansiones, verdes enramadas y aguas frescas. Pero ay!:

¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!

En estilo verdaderamente romántico se encuentra una descripción de su propio funeral. En este poema recuerda a veces Becquer y a veces recuerda «El estudiante de Salamanca», de Espronceda. Como todos los del romanticismo, esperaba morir joven. Esto se revela perfectamente en uno de sus poemas y en su autobiografía.

Con respecto a sus poemas dice el profesor F. Molina: «En general, consideradas por personas de autoridad, resultan joyas literarias, y algunas de ellas, tales como «El Aguila», «Salutación a los poetas brasileros», y otras, son verdaderas obras de arte. Castelar, uno de los escritores más eminentes de España, dijo a propósito del poema titulado «El Aguila», lo siguiente: «Es necesario ser un águila para escribir un poema como «El Aguila».

Hay más de una razón para que Molina no sea tan conocido como debiera serlo. En primer lugar nació en un lugar muy pequeño y hay que tomar en cuenta que muchos escritores ni siquiera conocen la literatura de Honduras. En segundo lugar los escritores en la América Latina abundan tanto y su literatura es tan fecunda, que leerlo todo para seleccionar lo mejor es una tarea muy difícil. En tercer lugar, la irregularidad de su vida le impidió publicar un libro, de modo que el periódico llegó a ser el único medio de expresión. Ademas era muy joven cuando murió, pues apenas contaba 33 años de edad.

El estudiante de la literatura hispanoamericana indudablemente deseará comparar a Molina con Darío. En el concurso de los poetas centroamericanos que hicieron el viaje a Río de Janeiro, Molina sobrepasó a Darío. Rubén Darío al presentar a Molina ante el grupo de poetas brasileros, declaró enfáticamente que era el primer poeta de la América Central. Resta saber si mediaba en esto la magnanimidad de Darío o no.

Entre los poemas examinados, los más parecidos en el tema son el que Rubén Darío llama «La Niña Rosa» y el que Molina publicó bajo el título de «Tréboles de Navidad». Ambos se refieren a la Noche Buena y en ambos casos una niñita le brinda un regalo al Niño Dios. En el poema de Darío la niña en su ansiedad de dar algo que sea digno del Rey que acaba de nacer, se transforma, con la ayuda de su madre, en una rosa. En el poema de Molina, la niña enumera un sin fin de juguetes que desearía darle al Niño Dios y por último opta por darle una flor.

Para muchos el poema de Darío es sin duda alguna superior. Sin embargo, la magia le presta un encanto sobrenatural que riñe con la naturalidad y la sinceridad del niño que encontramos en el poema de Molina.

Ambos escribieron un poema que se titula «Metempsicosis». El poema de Darío tiene tal cantidad de licencias poéticas que no puede traducirse al inglés. Por otra parte, es un poema verdaderamente indigno de un gran poeta por ser el reflejo de una vida disoluta. En su poema Molina pinta a un ser que en el curso trasmigratorio de la vida ha sido una gran cantidad de criaturas de todas clases y se ha enamorado de todas las bellezas. Véase un ejemplo:

Del ancho mar sonoro fuí un pez en los
[cristales,
que tuve los reflejos de gemas y metales.
Por eso amo la espuma, los agrios peñascales,
las brisas salitrosas, los vívidos corales.

«Aguilas y Condores» de Molina se parecen mucho a los versos de Darío titulados «Salutación al Aguila». Darío escribió su famosa oda a Roosevelt en la cual se reflejó el temor de la América Latina con respecto a las tendencias imperialistas de los Estados Unidos y algún tiempo después escribió «Salutación al Aguila» en la cual elogia a los Estados Unidos. Después escribió en «La Gran Cosmópolis» sus impresiones de la ciudad de Nueva York. En ese poema se encuentra una amarga crítica, aunque en él pueden hallarse muy de vez en cuando pequeños elogios.

En «Aguilas y Condores», Molina parece pensar en todo el hemisferio occidental, pero sobre todo en la América del Sur y evidentemente Molina sintió que el Nuevo Mundo tiene mucho de parecido.

«¿Hermanos no seremos en la América?»
«No hay en el mundo más que una sola
[raza».
«¡Razas del Nuevo Mundo! Pueblos ameri-
[canos:
en este continente debemos ser hermanos».

Con frecuencia encontramos a Molina haciendo una crítica semejante a la de Darío en la gran «Cosmópolis». Al hablar de Honduras dice: Es... un rinconcito paradisíaco de América, donde la invasión de la horda rubia (la raza anglo-sajona), sedienta de oro de conquista, apenas si empieza.

Molina es siempre serio, y no hay en sus versos nada que revele superficialidad. Se siente arder el alma de un hombre en las estrofas que escribe. La mayoría de sus cantos están en tono menor y sus notas vibran acordes con las cuerdas más íntimas del corazón.

Habiendo nacido en la pequeña aldea de Comayagüela, anidada en un recodo del río, aprendió a amar los campos, las flores y las imponentes montañas.

Tan poderoso era su amor por la Naturaleza, que adquirió el hábito de divinizarla. Era rusoniano y romántico y elogia el estado primitivo y la Edad de Oro como lo hace Shakespeare en «La Tempestad» y Montaigne en su «Ensayo sobre los Caníbales». Su vida fué como la de Byron, su pensamiento como el de Lamartine.

Entre las estrellas refulgentes del firmamento centroamericano, se destacan José Batres y Montúfar de Guatemala, Rubén Darío en Nicaragua y Molina en Honduras. La reputación de Molina se debe principalmente a sus poesías, porque aunque sus prosas tienen un estilo altisonante, contribuyen escasamente a su gloria literaria. Sin embargo, son muy importantes si se trata de comprender el fondo espiritual y estético de Molina.

Por otra parte, son una fuente de información histórica y cultural de su país. Si Molina no es un genio universal como Darío, es sin duda alguna un artista más grande que Batres y el valor de su verso es eterno. No podría concebirse un tratado inteligente de la literatura hispano-americana sin el nombre de Molina.

Los seis más grandes hombres de la historia

[A juicio de Wells—véanse los REPERTORIOS 2 y 4-5, del tomo en curso—los seis más grandes hombres de la historia son: Cristo, Gautama Buda, Aristóteles, Asoka, Roger Bacon y Lincoln. El *Strand Magazine*, de Londres, ha consultado la opinión de varios escritores ingleses para confrontarla con la de Wells. Israel Zangwill, Oliver Lodge, Maurice Hewlett, Hall Caine, Edward Clodd, Lord Riddell, han dicho su parecer. Al lado de ellos, han contestado el crítico dramático del *Times*, A. B. Walkley, Bernard Shaw y G. K. Chesterton, cuyos juicios, con el resumen de Wells, damos a continuación].

A. B. WALKLEY

OBSERVABA una vez un sabio que el mundo no sabe nada de sus grandes hombres. Acerca de esto, como de otras cosas, esperaba los informes de Mr. H. G. Wells. Cuando se le pidió que nombrara la media docena de figuras eminentes, dijo que la pre-

gunta era, en verdad, inocente y divertida. ¿Hemos de contar a Mr. Wells entre los amigos de Mr. Peter Magnus? Sea como quiera, a muchos les parecerá fútil la pregunta. Con ella no se hace sino confundir la historia del mundo con las listas de los colegiales o con los «resultados de las carreras». En la lista de míster Wells, Aristóteles se lleva un premio y Platón nada más que un accésit; el negro caballo Asoka resulta ganador con toda facilidad, mientras que ciertos favoritos como Alejandro, César y Napoleón ni siquiera son «colocados». Si queréis saber por qué se descalifica a este o aquel competidor el secreto, al parecer, está en esto: *cherchez la femme*. Mahoma tuvo demasiadas mujeres y le fué con ellas harto mal. Alejandro organizó una juerga en gran escala y tomó parte en ella. César tuvo un «asuntillo» (¡a los cincuenta y cuatro años!) con la amable Cleopatra. Por eso quedan descartados los tres. Y no deja de sorprendernos un poco tan amarga misoginia en el autor de «Ame Verónica».

Lo cierto es que tal investigación acerca de los seis hombres más grandes, es una concesión al instinto deportivo de los anglosajones. ¿Quién es el campeón de boxeo, de golf o de tennis? ¿Quién es el millonario más rico de América? Estas preguntas son susceptibles de contestación concreta, en el caso de que lo sepa uno. Parece, pues, natural, hacer preguntas semejantes en otros terrenos. ¿Cuáles son los cien libros mejores? ¿Cuál es el mejor cuento escrito en inglés? Y ahora ¿cuáles son los seis hombres más grandes de la historia? Pero estas preguntas no son susceptibles de contestación concreta. Podrán contestarlas de cien modos distintos otros tantos temperamentos. Son fútiles.

Aun suponiendo que tales preguntas no fueran fútiles, aun suponiendo, por ejemplo, que pudiésemos saber con certeza los nombres de los seis hombres más grandes de la historia del mundo, ¿de qué nos serviría? Sería sólo un «hecho» curioso, una estadística, como las alturas relativas del Monte Everest y de Primrose Hill, o el número exacto de billetes de cinco libras puestos uno a continuación de otro que sería necesario para rodear al mundo por el Ecuador. Además, con eso nada se nos dice de los grandes hombres. Supongamos que Aristóteles fué «más grande» que Platón, como el Sr. Wells está dispuesto a admitir: ¿y qué? ¿Afectaría ello a nuestro parecer acerca de Aristóteles o de Platón? ¿No seguirían siendo, después de sentada autoritariamente su jerarquía, precisamente lo que eran antes para nosotros? En realidad son incomensurables. Representan diferentes cualidades y actividades del espíritu humano, y decir que uno es «más grande» que el otro es como decir que una pella de manteca de cuatro onzas es «más grande» que las cuatro de la tarde. Sin embargo, ya me parece oir la réplica de mister Wells: hablamos de «influencia», de «impresión permanente en el mundo», y en esto son ya conmensurables. A lo cual contestaría yo que el asegurar sus respectivas cantidades de influencia en el pensamiento humano, cae más allá de las fuerzas humanas, y aunque no cayera, la *virtud* de cada cual, el valor de cada uno para el pensamiento humano, permanecería intangible, inviolado. A Platón y Aristóteles sólo se les puede evaluar estudiando y asimilándose a Platón y Aristóteles, no porque le digan a uno que éste es «más grande» que aquél—dato informativo que el estudiante dejará tranquilamente de lado como inútil para sus propósitos.

Afirmar, pues, cuáles son los seis nombres más grandes de la historia del mundo a mi parecer nada añadiría a la ciencia útil y buscarlos es sólo un juego de sociedad, inocente del todo, como dice mister Wells, y divertido, sin duda, para los que se divierten con juegos de sociedad. Pero para jugarlo necesitaríamos reglas muy claras. Quiero decir que habríamos de escoger una norma definida de grandeza y después medirlos. Y yo creo que ni el juego de Mr. Wells ni el de su interlocutor en la entrevista es del todo limpio. El interlocutor vacila entre dos hitos: «carácter» e «influencia» o «impresión permanente en el mundo». Es obvio que ambos no van necesariamente unidos. ¿Y el hombre primitivo que inventó la rueda? Bien pudiera, por lo que sabemos de él, no tener «carácter ninguno, como las más de las mujeres» que diría Pope. Bien pudo tener muchas mujeres o jugar con alguna Cleopatra prehistórica, a los cincuenta y cuatro años de edad. Pero su invento (tal vez accidental) dejó ciertamente impresión duradera en el mundo. Puede contestar triunfalmente a la pregunta de mister Wells: «Su vida ¿hizo diferente de lo que era al mundo». Pero el propio Mr. Wells, que tan amablemente nos ha desenterrado a Asoka, nada tiene que decir acerca de este (en mi opinión) aún más grande hombre. Mr. Wells, sin embargo, procede a restringir su criterio primitivo con una pregunta diferente: «¿Hizo que los hombres empezaran a pensar según nuevas normas con un vigor y una vitalidad que durasen más que su vida?» Ese grande hombre nos hizo *empezar a pensar:* criterio intelectual. Pase en cuanto a los dos grandes fundadores de religiones. Pase en cuanto a Aristóteles y a Roger Bacon. Pero ¿qué diremos en cuanto a Asoka y Abraham Lincoln? ¿Fueron grandes guías para el pensamiento? Grandes en «carácter» e «influencia», claro está (digo «claro está» en cuanto a Asoka por cortesía para con Mr. Wells, porque yo no había oído hablar de Asoka en mi vida), pero hombres de acción más que hombres de pensamiento. Y en la estimación de esos hombres, cabe siempre la duda de que su «grandeza» sea debida a circunstancias favorables—duda francamente admitida por Mr. Wells. «Un hombre se levanta por encima de su tiempo; siempre es difícil determinar cuánto les debe a sus contemporáneos; cuánto de lo que parece ser es debido a su propia fuerza innata y cuánto a la casualidad». Podéis pensar para vosotros —«*solos* viajan por los extraños mares del pensamiento», como dice la inscripción de Wordsworth para el monumento a Newton en Trinity Chapel— pero tenéis que obrar de acuerdo con los demás.

Una cosa tenemos que agradecerle a Wells. Ha sentido por poetas, pintores, músicos demasiado respeto para hacerlos entrar en su juego de sociedad. Así nos hemos perdido adivinanzas como éstas: ¿Es Beethoven «más grande» que Mozart? ¿Shakespeare que Milton? ¿O Miguel Angel que todos ellos? Verdad que el mundo es diferente porque ellos han vivido. Verdad que han hecho no sólo pensar, sino sentir, experimentar, gozar, a los hombres. Es, por lo tanto, una inconsecuencia el dejarlos de lado; pero una inconsecuencia feliz. Dante hubiera sido un estrafalario compañero para Roger Bacon. Homero hubiera hecho un gesto de menosprecio al mismísimo Asoka. Por fortuna todos ellos tenían puesto un letrero: «Fuera de concurso».

G. BERNARD SHAW

Mr. Wells ha aprovechado una pregunta necia para dar un nuevo paso en su valiosísima propaganda cultural. Preguntar los nombres de los seis hombres más grandes es como preguntar los nombres de las seis herramientas de carpintero de mayor tamaño. Jesús, que entendió algo de carpintería, se tuvo por buen predicador y, relativamente, por carpintero vulgar. En cambio, si hubiese sido aprendiz de albañil y trabajado en su oficio, probablemente le habría dejado muy atrás Miguel Angel; y Miguel Angel estaría completamente eclipsado por Charlot, como estrella del movimiento. Ninguno de los seis de Mr. Wells tuvo mala suerte en su elección frente a Titus Oates u Horacio Bottomley, dos caracteres del todo inconmensurables por cierto, pero los uno porque su popularidad les sirve de común denomi-

nador; y antes de que comparéis a dos hombres de genio específico totalmente distinto, habéis de buscarles un común denominador.

Mr. Wells emplea un común denominador que le obliga a desechar a Napoleón y a Mahoma como inferiores a otros hombres que no han gobernado ni un solo día. Si a Mahoma le hubieran crucificado antes de que tuviera que gastar un ochavo de la riqueza pública o dirigir un solo día la labor policiaca, y si Jesús hubiera visto deshacerse en su presencia el poderío romano y el judío y le hubiesen hecho Rey de los Judíos en serio y no por mofa, Mahoma hubiera sido el mártir puro e inmaculado y Jesús el mancillado legislador y conquistador. Si Richelieu hubiera sido matemático y Descartes primer ministro, a Descartes se le echaría del empíreo y se metería dentro a Richelieu. A un astrónomo le es fácil conservar su limpieza, pero no a un barrendero o a un explorador del Polo. Todos sabemos que es una tontería de la sartén llamar negro al cazo; lo que no sabemos todos es que igual tontería comete la urna de alabastro si le echa en cara a la sartén su negrura. Shelley, denunciando a Eldon y a Casttereagh se lleva nuestras simpatías; pero si Shelley hubiese tenido que oficiar de Justicia Mayor o de Primer Ministro no nos parecería un ángel de luz por bien que lo hubiera hecho. Lincoln tuvo la suerte de que le pegaran un tiro en el momento en que empezaban las verdaderas dificultades de su tarea.

Los grandes hombres son las estatuas de nuestros ideales. Nuestras esperanzas y entusiasmos cristalizan en sus nombres: eso es todo. Aristóteles no fué más (ni menos) el Aristóteles de Mr. Wells que Julio César fué el César de Mommsen. Yo soy también un Grande Hombre; y además, lo sé.

GILBERT K. CHESTERTON

SUPONGO que todos estamos de acuerdo en que esto no es mas que un juego de sociedad, aunque sea un juego de sociedad muy bueno, y que no es posible una declaración exacta. En todo caso, existen dificultades que van de lo más tremendo a lo más trivial. Todos los hombres son grandes y todos los hombres son pequeños, y ninguno hay más pequeño que los grandes; esto es lo que quiere decir la igualdad de los hombres. Luego viene la excepción y dificultad de la religión. A mí no me cabe duda de cuál es la figura más grande de la Historia; pero esto encierra verdades trascendentales que no tienen aquí lugar. En cuanto a los otros fundadores de religiones, siempre he sospechado que Confucio fué un hombre más grande que Mahoma o Buda; porque la China es la única creación humana del paganismo que pueda siquiera ser comparada de lejos con la Cristiandad. En términos generales, sin embargo, pienso que yo dividiría así a los hombres, según tres tipos o modelos. Creo que las dos maravillas del genio son Shakespeare y Napoleón. Me dan la impresión de haber aplicado una fina masa de entendimiento creador, casi por casualidad, a una ocupación particular. Luego vienen dos hombres de los que se puede decir que han formado el entendimiento de los otros. Ambos crearon universos o sistemas solares del pensamiento, por los que aún paseamos casi inconscientes. San Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. No tengo seguridad de que Dante no hubiera de entrar en la lista, aunque no llenara del todo este cometido. Luego viene una clase más difícil de apreciar; la de aquella cuya grandeza apenas tuvo nada de mental sino que fué moral por entero. Sin embargo, tuvieron mayor originalidad que los intelectuales; tuvieron a menudo mayor influencia práctica y popular en la historia que los intelectuales; fueron más creadores que los poetas, aunque sólo lo fueron de su personalidad. Fueron sólo ellos mismos. San Francisco de Asís es un ejemplo; y otro ejemplo más impresionante aún fué Juana de Arco. Y yo celebro mucho que uno de mis seis grandes hombres sea una mujer.

RESUMEN DE H. G. WELLS

ESTOY de acuerdo con la primera afirmación de Mr. Shaw y, después, con la última. La pregunta era necia. Pero no, como dice Mr. Walkley, «meramente fútil». Su necedad no implica condenación del periodista que la hizo; sabía su oficio, como lo atestigua Mr. Walkley. «Fútil», dice Mr. Walkley, y pone su brillante ingenio de hombre de mundo en sus actitudes, *un accésit, cherchez la femme*, y todo lo que sigue, en larga contribución. La futilidad no es del que hizo la entrevista. Nos alcanza a todos. Es evidente que nadie más que Mr. Shaw parece haber comprendido que yo no fuí quien trajo a cuento lo de elegir los seis hombres más grandes.

Y el juego es tan divertido que su invitación para añadir unas cuantas palabras me coge ya replicando. ¡Mr. Zangwil es tan tentador! ¡Qué incoherencia en lo que escribe! Apenas hay la menor evidencia de que su Moisés haya existido jamás. La «Enciclopedia Karmsworth» no constituye prueba. ¡Y el «evangelio monacal del renunciamiento» de Buda! Si hay un ejemplo de él, me figuro que es el de Asoka. Después de esto considerar a Shakespeare como uno de los seis grandes hombres no es motivo para asombrarse.

Algunos de los que han contestado son ejemplos palpables de la superstición shakespeariana, puesto que tal superstición existe. ¿No acabará nunca? Valdría la pena de decir una o dos palabras acerca de eso. Mr. Zangwill escribe: «El escritor más grande que el mundo ha conocido ni siquiera aparece en el *Esquema de la Historia* de donde hasta su nombre está proscrito. Alguien pudiera imaginarse que es porque Mr. Wells, como Kipling, admira la acción más que el pensamiento». Pero el nombre no está proscrito, ya que nunca se vió allí. ¿Por qué había de verse? Sería divertido dejar a Mr. Zangwill que explicara por qué ha de estar el nombre de Shakespeare en su *Esquema de la Historia*. ¿Qué hizo Shakespeare, qué añadió a la totalidad del mundo? Algunas comedias deliciosas, ciertos pasajes exquisitos, varios caracteres bien observados. Fué un gran autor dramático, un gran humorista, la risa mayor del mundo. Todo verdadero inglés le ama con ternura, porque es intensamente nuestro, porque está muy cerca de nuestro corazón. Pero nada de esto tiene decisiva importancia para la historia de la humanidad, ni aun para la historia de Inglaterra. No tuvo ni la fuerza ni el orgullo patriótico de Milton. Si no hubiera existido nunca, las cosas estarían lo mismo que están; habría habido mucho menos belleza en Inglaterra, y la gente literaria inglesa, nativa o inmigrante, escogería otro nombre que rodear de superstición, pero nada más. El «pensamiento» de Shakespeare importa poquísimo. No añadió idea ninguna, no alteró idea ninguna para el creciente entendimiento de la humanidad. Yo llego a creer que el pueblo inglés le querría más si le respetara un poco menos. Ese legendario Moisés Shakespeare que hizo algo maravilloso e indescriptible por la humanidad es una pesadez. Yo estoy por Mr. Will Shakespeare, verdadero ser humano. Hay que leer y ver sus obras.

(*España*, Madrid).

Una doctrina feminista

...El feminista de quien tratamos pone empeño ahincado en que la mujer dedique varias horas del día al trabajo intelectual. El trabajo de la mente—lectura, crítica, escritura, etc.—es para nuestro autor el centro de su doctrina.

El enemigo de la mujer, el principal enemigo, es el ocio. Quien no hace nada, no tiene tiempo para nada. «¿Quién no sabe, por propia experiencia y por observación de los demás, que las personas más entregadas a la haronía son precisamente las que no tienen tiempo para nada?» La mujer debe combatir el ocio con el trabajo intelectual. «Al cabo de dos horas de lecturas interesantes y de trabajo útil, cualesquiera que sean nuestras preocupaciones, nos sentimos de mejor humor, con el corazón tranquilo, con el juicio más sereno» (página 28 del libro que luego citaremos). Y el autor, llevado de su fe en el trabajo intectual, añade—página 166—algunas otras palabras, profundamente significativas, pero un tanto audaces, que nos permitiremos copiar. Se habla de los ejercicios de piedad para lograr, en ciertos momentos, la confortación de nuestro espíritu abatido. Pero la piedad en algunos mementos no basta; es el trabajo intelectual lo único que puede ser eficaz. Dice nuestro autor en la página consignada: «Es preciso confesar—¡y cuántas experiencias han venido a fortalecer mi convicción en este respecto!—que hay horas en que la misma piedad, la piedad ordinaria, no basta. Hace falta el trabajo, y muchas veces el más serio trabajo del espíritu».

¿Cuál será en la mujer la base del trabajo intelectual? La lectura. Y añadiremos: toda clase de lecturas. «En lo referente a las lecturas y estudios—dice nuestro autor, página 35—puede haber preferencias; pero no hay, a mi parecer, ni especialidades rigurosas para las mujeres ni exclusiones absolutas». El autor no prohibiría a la mujer ninguna lectura. «Yo lo repito—dice,—página 36—, no le prohibiría ninguna de un modo absoluto; y cualquiera que fuese el trabajo intelectual hacia el cual una mujer seria se sintiese atraída y al cual quisiera pedir el útil empleo de sus ocios, yo la dejaría de buen grado seguir sus aptitudes reales y sus gustos reflexivos».

Es preciso que la mujer lea y, sobre todo, que *relea*. Y es preciso que lean y relean con la pluma en la mano. «Es necesario—escribe nuestro autor, página 48—que las mujeres lean siempre con atención, y siempre que se pueda, con la pluma en la mano. Sin este requisito, las más serias lecturas corren peligro de resultar vanas. Nada queda de ellas. No abandonar jamás un libro sin haberlo acabado, y no acabarlo sin haberlo resumido, y haberlo resumido por escrito: he aquí la gran norma. Nunca nos cansaremos de repetirlo». Y más adelante—páginas 98 y 99—el autor insiste en su recomendación de que la mujer lea y vaya poco a poco anotando, resumiendo, sus lecturas. Lo que nuestro feminista pide, en realidad, a la mujer es un trabajo detenido y reflexivo de crítica. «Se publica—dice—un libro importante; leerlo con cuidado y hacer por escrito un examen crítico y al detalle es cosa que incontestablemente ejercita mucho al espíritu, y acostumbra a reflexionar en tanto se lee, y a comparar a un autor con otro». Y todavía, en la página 109, nuestro autor vuelve sobre su tema de la lectura. «Yo quisiera—dice—que, aparte de las obras que la mujer estudie más de cerca, ella tuviera siempre sobre su mesa un libro, ameno o serio, que se pueda tomar y dejar sin inconveniente, y en el cual ella leyera diariamente algo, poco o mucho, según las exigencias de los quehaceres inevitables de una madre de familia o de una señora de su casa».

Y claro está que la lectura no puede ser la única ocupación intelectual de la mujer. No hay inconveniente en que la mujer escriba. Puede y debe escribir. Y cuando se trate de un libro extranjero notable, si gusta, puede ejercitarse trasladándolo a la lengua nativa. Nuestro autor, en páginas de crítica delicada, pasa revista a las materias que pueden servir de lectura a la mujer: literatura, historia, derecho, filosofía. En realidad—ya queda dicho—, no hay nada que deba ser vedado a la mujer. ¿Habláis de lo más abscondido e intrincado? ¿Habláis de la filosofía? Aun estas materias deben ser familiares a las mujeres. «Yo no hablo, no es preciso decirlo—escribe nuestro autor, página 56—de las sutilezas metafísicas ni de las superfluidades científicas; hablo de los grandes aspectos y de las nobles cuestiones. Y digo que son perfectamente accesibles para las mujeres, y veo para ellas en tales estudios ventajas reales».

Pero no se trata simplemente de un *derecho* de la mujer a la cultura. Se trata de algo más; se trata de un *deber*. La doctrina de nuestro autor adquiere un carácter más radical y extremado. «Pero los derechos de la mujer a la cultura intelectual—dice, página 151—no son sólo derechos; son al mismo tiempo deberes. Y eso es lo que los hace inalienables. Si no fueran más que derechos las mujeres podrían sacrificarlos; pero son deberes. Y el sacrificio no es posible; el sacrificio sería la ruina». ¡Bellas, nobles, dignas palabras! El sacrificio de los deberes intelectuales sería la ruina, porque precisamente en esa intelectualidad de la mujer estriba la formación de los hijos y la solidez de la familia. Todo el ambiente familiar depende de ese trabajo intelectual de la mujer. No es que porque lea o no lea la mujer será mejor o peor la familia. No miremos así, pedestre y grotescamente, la cuestión. Es que el hábito del trabajo intelectual crea y fomenta en la mujer la reflexión, la escrupulosidad, el espíritu crítico que compara y analiza, el anhelo de orden, de simetría, de claridad y de limpieza. Es que al asomarse al mundo de las grandes cuestiones espirituales, la mujer se percata de la trascendencia y gravedad de las responsabilidades que sobre ella pesan. Y su gesto, sus decisiones, serán más reflexivos, fervorosos y lentos... Precisamente—dice nuestro autor, página 129—para hacer al marido y a los hijos buenos y dichosos «hace falta mujeres fuertes por la inteligencia, fuertes por el juicio y por el carácter, aplicadas, laboriosas, atentas».

Nos hallamos en presencia de tal doctrina feminista, muy lejos de la tradición. En 1687, un obispo (por cierto uno de los más liberales espíritus de su tiempo), Fenelón, escribía en su *Tratado de la educación de las jóvenes*, capítulo XII: «Créese ordinariamente que una joven distinguida a la que se quiere educar bien debe aprender el italiano y el español; pero yo no veo nada más inútil que este estudio, a menos que la tal joven se encuentre agregada a alguna princesa española o italiana, como nuestras Reinas de Austria y de Médicis. Por otra parte, estas dos lenguas no sirven de otra cosa sino para leer libros muy peligrosos y capaces de aumentar los defectos de las mujeres; se puede perder más que ganar en este estudio». Compare el lector estas palabras con la doctrina expuesta. Pero ¿de quién es la doctrina expuesta? Las palabras últimamente copiadas, lo hemos dicho, son de un obispo—Fenelón—caído en desgracia por su liberalismo, condenador ardiente de la guerra, apologista—en el *Telémaco*—del comunismo. La doctrina expuesta en todo este artículo es... de otro obispo. De Dupanloup, obispo párroco de Orleans. Y el libro de que hemos copiado tantos fragmentos es *La femme studieuse* (París, 1870; anteriormente se habían publicado varias ediciones de uno de los más importantes capítulos de este libro).

¿No podría pasar por radical y revolucionaria en España esta doctrina de un obispo francés? ¿Cuántos tradicionalistas y conservadores españoles podrían suscribir esas palabras?

AZORIN

(*A. B. C.*, Madrid).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.



En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. ODIO DE GRANDA
MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consultas: de 2 a 4 h.
EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

Doctor Constantino Herdocia
MEDICO Y CIRUJANO
Enfermedades de los ojos, oídos, narjz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

ABOGADOS

JORGE R. AGUILAR
ABOGADO
Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

ALEJANDRO ALVARADO Q.
RICARDO FOURNIER
TEODORO PICADO H.
Abogacía y Notariado

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE
Cirujano Dentista Americano
Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. M. FISCHEL
DENTISTA AMERICANO
Teléfono 683 Apartado 434
Depósito y venta de materiales para dentistas
FRENTE AL CORREO
SAN JOSE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica